

CRISIS FINANCIERA Y ECÓNOMICA MUNDIAL A LA LUZ LA ENCICLICA "LA CARIDAD EN LA VERDAD"

WORLDWIDE FINANTIAL AND ECONOMIC CRISIS UNDER THE LIGHT OF THE "THE CHARITY IN THE TRUTH" ENCYCLICAL

Carlos Alberto Montoya Corrales

Economista, Sociólogo, Especialista en Alta Gerencia, Magíster en Ciencias Económicas y Candidato a Doctor en Filosofía. Profesor e investigador de la Facultad de Economía de la Escuela de Ciencias Estratégicas de la Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín - Colombia. Correo electrónico: carlmontoy@hotmail.com.

Artículo recibido el 10 de mayo de 2010 y aprobado para su publicación el 28 de mayo de 2010.

Eje temático: Economía mundial.

Subtema: Crisis financiera.

RESUMEN

La crisis económica de la primera década del presente siglo pasará a la historia como una crisis capaz de develar la marcada influencia de los fundamentos éticos que acompañan a la economía, y el imperativo que reviste el avanzar hacia una economía capaz de incorporar la solidaridad y la verdad como referentes clave para el logro de una economía más justa y equitativa. En ello radica el planteamiento realizado por la Iglesia Católica, a través del Papa Benedicto XVI, en Carta Encíclica "La Caridad en la Verdad", en la cual hace un muy importante y trascendente llamado a la reflexión sobre la economía, y advierte sobre los contenidos y la dinámica poco afortunada para los pobladores más desprotegidos, a la que estaría llevando el actual arreglo de la economía mundial.

Palabras clave: economía de mercado, crisis mundial, ética, crisis financiera, crisis económica.

ABSTRACT

The economic crisis of the first decade of the present century will be known throughout history as the one responsible for uncovering the marked influence of the ethical foundations underlying economy, as well as the consequences derived from the advancement towards an economy capable of incorporating solidarity and truth as key referents for the achievement of the most just and equitable outcomes. Here lies what was stated by the Catholic Church through the words of Pope Be-

nedict XVI, in the Encyclical “The Charity in the Truth,” in which a definite call for reflection on the economy is made; also, there is warning on the contents and the not very appropriate dynamics set for the most unprotected inhabitants resulting from the current arrangements on the world economy.

Key words: market economy, world crisis, ethics, financial crisis, economic crisis.

La rectitud sólo se alcanza rechazando la corrupción, la ilegalidad y la sed de poder. Desde la perspectiva cristiana este constituye un llamado a una ética social capaz de promover una economía justa y garante de bienestar.

Contenidos y alcances de la crisis

Con su Encíclica *Caritas in Veritate* el Papa Benedicto XVI demuestra el compromiso cristiano por escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura, más aún en momentos de incertidumbre como los que se derivan del complejo escenario de crisis en el que se desenvuelve la humanidad.

En este contexto, valga señalar que no obstante la resistencia que durante los primeros meses de su manifestación mantuvieron algunas regiones y gobiernos por aceptar el carácter global de la crisis, ésta resultó ser innegable y de gran profundidad, en mayor grado para las economías desarrolladas caracterizadas por su activo protagonismo en las dinámicas de globalización. Sin embargo, aunque global habría adquirido singulares interpretaciones al nivel de los Estados, en empresarios, políticos e intelectuales, en los cuales se difumina su verdadero contenido y alcance. Lo que seguramente no sólo ha propiciado sesgadas interpretaciones de sus contenidos y alcances, también en cuanto

a las lecciones que debe dejar como aporte a la construcción de escenarios más estables que permitan orientar mayormente las acciones a favor del crecimiento y el bienestar de los pueblos.

Lejos de posiciones apocalípticas, poder develar la profundidad e implicaciones de la crisis en un contexto más amplio que el que resulta de la consideración de la crisis como simplemente financiera, y advertir que su marcado contenido social, sus impactos sobre la institucionalidad que soporta los objetivos de desarrollo y la pérdida de confianza de agentes económicos, obliga a cabalgar sobre la necesidad de avanzar hacia la construcción de una nueva arquitectura financiera internacional y sus demandas a favor de refundar el orden económico mundial; tal como se evidencia con el paso de los meses, es claro que el “impacto real” y prolongado de la crisis económica de 2008 no se agota en alcanzar indicios de estabilidad financiera, que tras su vulnerabilidad que se perfilan como “sólo señales” de una economía de mercado sólida.

Lo que hoy se percibe como estabilización financiera y crecimiento en algunos países no garantiza procesos de acumulación sostenida ni bienestar en las comunidades. Bien podría afirmarse que los indicios de mejoría en la mayoría de los países no representa la presencia de ‘brotes verdes’ de recuperación. Solo hay campos en barbecho. El impacto real de la crisis es más profundo de lo que se infiere de las acciones emprendidas que están interesados en mostrarnos los encargados de su administración. En este sentido, su ligero tratamiento, sesgado por tratamientos fiscales y monetarios, indica faltarle a la verdad de lo que requiere una economía orientada al progreso, que consolida los elementos que garantizan la confianza a los inversionistas y crea las condiciones que aminoren el riesgo. La verdad sobre el contenido y alcance de la crisis, en la que se debe el riesgo derivado de la especulación y el traslape de una

economía real a una economía monetaria, constituye la senda hacia el desarrollo sostenible y la posibilidad de los nuevos retos de una economía global y competitiva.

El balance de las medidas tomadas por el gobierno de Estados Unidos que desde los primeros brotes pretendió ofrecer una salida a la crisis económica, y propender por la estabilización de los mercados financieros y bursátiles en correspondencia con las primeras causas que buscaron explicar el origen de la crisis; con compromisos nada despreciables si se consideran los cerca de 750.000 millones de dólares invertidos tan sólo por el gobierno norteamericano en el marco de la política de salvamento, con el paso de los meses demostró que las soluciones exclusivamente financieras no son propiamente la mejor expresión de “a grandes problemas, grandes soluciones, es decir, arreglos efectivos”.

El contenido de la crisis y su prolongado proceso de recuperación indican que es necesario encauzar los esfuerzos para reorientar la economía de mercado, y en ello el primer paso consiste en cambiar la mentalidad de los políticos, los economistas, los empresarios y los especuladores, quienes persisten en sus ideas y comportamientos. Ciertamente obtener cambios reales implica contar con mentes nuevas, gente joven, nuevos rostros de políticos, economistas y empresarios respetuosos de valores éticos, sociales, ambientales y de una estricta moralidad pública (Ferrari, 2008).

En este sentido los representantes de los organismos internacionales, gobernantes de Estado, empresarios y todos aquellos responsables de direccionar las economías y sus sociedades, deberán por lo menos reincorporar a sus juicios y actuaciones los compromisos con el desarrollo. La forma como se incubó desde décadas atrás la crisis, y los detonantes de la misma, son la expresión de haber

olvidado sus deberes, y con sus actuaciones haber ampliado el escenario de incertidumbre en el marco de la economía de mercado. Comportamientos como éstos comprometen su autoridad moral, la de sus instituciones y gobiernos, sobre todo a los ojos de los países y pobladores más necesitados de desarrollo. En efecto, éstos exigen que los responsables y mayormente comprometidos con ofrecer salidas a la crisis asuman como un deber la construcción de normas de comportamiento y el emprendimiento de acciones estratégicas para el bienestar global. La actual crisis debe ser una oportunidad para llevar a cabo la “renovación cultural” y el “redescubrimiento de valores de fondo” que necesita el mundo de hoy. En este sentido, un enfoque económico alternativo bien podría servir de orientador sobre la base de que el desarrollo se refiere a las personas y no a los objetos (Neef, 1986).

No se explica la indiferencia frente a la realidad social y ambiental de la institucionalidad internacional y de los gobiernos de los países ricos. Mientras países como Estados Unidos invierten, como se mencionó más arriba, cerca de 750.000 millones de dólares en un Plan de Salvamento del sector financiero y la banca de inversión, e Inglaterra utiliza en los primeros meses de crisis montos del orden de 90.000 millones, en el 2008 el conjunto de países ricos prometieron 12.000 millones de dólares para que los países en desarrollo pudieran hacer frente a la crisis de los alimentos; sin embargo, de esa cantidad, transcurridos dos años de la promesa, sólo habrían llegado a su destino 1.000 millones. Casualmente para mediados del 2009 la FAO informó que 1.020 millones de personas en el mundo sufren de hambre crónica. De continuarse esta práctica la pregunta sería ¿qué suerte correrá la promesa del 2009, realizada por la Cumbre del G8, de acopiar 20.000 millones para contrarrestar los efectos asociados al deterioro del medio ambiente?

Desde una perspectiva global, considerando que la crisis no es simplemente financiera y que en ella está comprometido el esquema de organización de la economía de mercado y el énfasis puesto en la competitividad como principio rector, urge aceptar que la perspectiva neoliberal se queda corta en la forma como asigna al mercado objetivos que requieren de la voluntad y la acción de las personas comprometidas con el desarrollo. La tesis central de que los esfuerzos individuales permiten mayor lucro y bienestar en la sociedad, no sólo ha conducido a soluciones inciertas desde el punto de vista de la equidad y las mayores oportunidades, también ha reafirmado una serie de valores contraproducentes frente al objetivo de bienestar. Por sólo mencionar al mercado financiero, es claro que el paradigma del mercado competitivo, promovido con singular énfasis en las últimas dos décadas, no le ha ofrecido mayor eficiencia al sector ni tampoco bienestar a las sociedades.

La liberalización financiera ha acrecentado la especulación y con ello ha hecho más frecuentes las crisis; ha movilizad recursos hacia actividades de compra y venta, que generan cuantiosas rentas monopólicas y dejan a países pobres, a medianas y pequeñas empresas desprovistas de financiamiento; crean burbujas que distorsionan los precios e imprimen inestabilidad permanente a las economías. En concordancia con lo planteado por el Papa Benedicto XVI, “la convicción de que la economía debe ser autónoma, de que debe protegerse de “influencias” de carácter moral, ha llevado al hombre a abusar del proceso económico de un modo ampliamente destructivo” (Benedicto XVI, 2009, p. 2). Con el paso de los años esas convicciones han llevado a unos sistemas económicos, sociales y políticos que pisotean las libertades personales y sociales, y por lo tanto son incapaces de proporcionar la justicia que prometen.

En este sentido, es necesario poner límites al paradigma del mercado, exagerados por sus más áulicos defensores (Friedman, 1966). Lo que no implica su abandono; los promotores de este modelo deberán realizar un mayor compromiso en atender las fallas del mercado, como la corrección de los monopolios y la especulación, la creación directa de empleos en condiciones de deficiente demanda, la compensación de limitaciones de los mercados internacionales; igualmente consultar y ayudar a corregir las inequidades del mercado, en otras palabras, ayudar a corregir su tradicional efecto de concentración de la riqueza, estimulado en las últimas décadas precisamente en medio de la expansión de operaciones financieras y de capitales, llevadas a cabo en medio de excesiva tolerancia frente a prácticas no legales; un verdadero cambio de mentalidad debería permitir concebir una economía más justa, transparente y equitativa, una economía al servicio de hombre y no éste al servicio de la economía.

Los esfuerzos por incorporar contenidos de solidaridad en la forma de desenvolvimiento de la economía permitirían no sólo corregir muchas de sus fallas sino imprimirle dosis de humanidad; no se puede seguir sacrificando el sueño del bienestar para los pueblos en el altar del capital. La actual crisis, muy cerca de las anteriores y con claros indicios de ser grave, es indicativa de que el sistema capitalista, con más o menos mercado a su favor, no tendrá sostenibilidad si por encima o al fondo de esas estructuras económicas no existen hombres y mujeres solidarios y corresponsables.

Ahora bien, quienes se empeñan en señalar que la culpa no reposa en el sistema económico mundial, sino en uno de sus componentes, el sistema financiero, deberían por lo menos asumir el carácter complejo que encierra esta postura. Los billones de dólares de papel tóxico en los balances

financieros es una señal de la degradación de los documentos financieros que representan valor, aún cuando puedan ser transferidos y asegurados, en momentos en los cuales la mayor parte de los activos del mundo se expresa en papeles (casas, cartas de propiedad de automóviles, hipotecas, cuentas corrientes, acciones, bonos, contratos, patentes, deudas de las personas, derivados, entre otros), los mismos que deberían contar con un sistema eficiente de derechos de propiedad que ofrezca la confianza al momento de las transacciones. Los más de 600 billones de dólares de instrumentos financieros derivados de hipotecas que en los últimos años han inundado el mercado, superando en el doble los documentos legales del resto del mundo, son prueba del ascenso de la especulación y el oportunismo de los inversionistas en medio de un mercado carente de una regulación efectiva, que deberá ser incorporada a la nueva arquitectura financiera, sólo que este tipo de arquitecturas que son complejas se hacen en muchos años.

Hoy, en medio de una crisis que demostró no ser pasajera, no se ha logrado aún percibir su impacto sobre el mercado de valores, sobre el valor de los demás activos, tampoco se ha logrado identificar quiénes son sus poseedores y qué probabilidad de sostenibilidad tienen en el tiempo. Precisamente son estos papeles una invención y posibilidad de un sistema económico que ha demostrado no tener el control para la emergencia y expansión de este tipo de transacciones endémicamente tóxicas, que han terminado por afectar el valor de los activos de ricos y pobres, pero lo más grave, erosionando la confianza y aminorando las posibilidades de acceso a los recursos por parte de las economías más necesitadas. En este contexto la solución a la crisis deberá garantizar una verdadera desintoxicación de los mercados financieros y de capitales; tarea por lo demás dispendiosa y que más allá de los intereses económicos de carácter particular,

requiere considerar intereses de sobrevivencia y sostenibilidad de sociedades enquistadas en las lógicas del mercado.

Caritas in veritate: hacia una economía integral

La crisis de la primera década del 2010 abre la posibilidad para que se reflexione en torno a las estrategias que apalancen la estabilidad y contrarresten los efectos de la discriminación frente a las economías pobres y su débil acceso a los recursos del capital; máxime si se considera que una vez pase el chaparrón de la crisis, las regiones pobres de Europa del Este, Asia, África y América tendrán que competir con Estados Unidos y muchos de los países ricos que despertarán en medio de difíciles situaciones fiscales, tomarán posiciones que traerán efectos realmente negativos sobre las economías pobres. La situación de los países en desarrollo está marcada por la incertidumbre: los estimativos realizados e materia de financiamiento indican que se necesitarán 350.000 millones de dólares para superar la crisis económica, de los cuales 180.000 son lo que precisa América Latina, en donde de la mano de los vaivenes políticos ve ensombrecer todavía más su panorama. Valga sólo mencionar casos regionales como el de Haití y Nicaragua, quienes no tienen forma de fondear créditos de desembolso rápido, por lo demás caros, situación que prácticamente los saca de la lista de países que podrán acceder al crédito.

De otra parte, no puede soslayarse el hecho de que desde el origen la crisis económica es también una grave crisis de confianza, en la que si bien es posible identificar élites corruptas que han traicionado al capitalismo de mercado, esta no se resuelve con el castigo a los culpables. La pérdida de confianza está relacionada con información

deficiente, con la presencia de un sistema poco confiable, con el débil cumplimiento de normas y la poca transparencia de las autoridades e importantes agentes dentro del mercado. Todas ellas fallas del sistema económico mundial. Al respecto, combatir la crisis exige restablecer el orden, la precisión y la confianza en la naturaleza y propósitos asociados al tipo de transacciones realizadas en los mercados financieros y de capitales (incluso en los mercados de alimentos).

Partiendo del hecho del carácter irreversible de la globalización, y la imposibilidad de poner freno a escenarios dinamizadores como lo son precisamente estos mercados; la pérdida de confianza obliga a que se someta a regulación la forma como éstos se globalizan. Lo cual implica establecer una regulación política global mediante la reforma a las instituciones financieras internacionales (en primer término al Fondo Monetario Internacional; al Banco Mundial, las Bancas de Inversión e Incluso a las Agencias de Cooperación), pero quizás lo más relevante sea su reorientación para alcanzar una efectiva integración con las naciones y la búsqueda de bienestar, tal como se infiere del compromiso global adquirido en el marco del Acuerdo del Milenio, lo que para algunos sería avanzar hacia el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Mundial, en el cual predominen claros criterios de solidaridad entre las naciones.

Más aún, se considera que el actual orden gestado desde la postguerra y basado en estrategias de cooperación comercial y financiera, se ha quedado corto y en no pocas ocasiones ha generado contradictorios y nefastos resultados, como se evidencia en materia de endeudamiento externo, pobreza e incluso en la forma como muchas de las economías se ven sometidas a dinámicas productivas insostenibles como resultado del agotamiento de sus recursos productivos, al tiempo que enfrentan barreras impenetrables para poder tener acceso a las nuevas

fuentes de productividad y con ello abrirse paso a la economía global. Refundar el Orden Mundial del Multilateralismo obliga a los representantes de las potencias económicas del mundo a que no se olviden de los países más pobres y «refuerce el multilateralismo» en asuntos del desarrollo, en la sostenibilidad y la paz, pero también, y quizás ahora con mayor urgencia, en la ética.

Es evidente que la verdad sobre la crisis no se agota en el enfoque financiero ni en las medidas antes mencionadas. El paso por el sector financiero, las bancas de inversión, las bolsas de valores, fue el preámbulo de una crisis de la economía real y de la economía internacional, es decir, a una crisis de la economía mundial. Como efecto dominó esta crisis ha afectado a todos los sectores y todas las personas en el mundo, con implicaciones nada desdeñables si se considera que la misma llega en medio de otras tres crisis sistemáticas y sumamente complejas: la crisis energética, la crisis medioambiental y la crisis alimentaria. Aspecto que impide ser optimistas y abrazar la actual situación como coyuntural. La realidad es que esta crisis económico-financiera obliga a pensar en los límites del esquema de la economía de mercado.

En este contexto deberá evaluarse el compromiso llevado a cabo por los organismos internacionales, gobiernos de los países ricos y empresarios influyentes en la economía mundial, principales responsables de ofrecer salidas eficaces y aminsonar los efectos sobre la población mundial (Ferrari, 2008, pp. 57-59). Más que esfuerzos por rescatar al sector financiero, se requieren acciones para restablecer la economía real, precisamente la que más demora en recuperar su senda de expansión.

Si las crisis de los años ochenta y noventa lograron ser sorteadas con medidas monetarias y fiscales,

esta vez tendrá que irse más allá y aceptar que los retos del crecimiento sostenido y el bienestar no está en las respuestas propias a la naturaleza cíclica de las economías (Jara, 2008), ésta deberá consultar el carácter sistémico de la crisis, los errores de anclar la economía sobre mercados financieros y de capitales poco regulados, la pérdida de confianza en los sectores inversionistas, la pérdida de valor de los activos en el mundo, un tejido productivo destruido, asimismo deberá consultar sus efectos sobre el desempleo, sobre todo de la población más joven, quien llevará la peor parte, sus efectos en la distribución de la riqueza y el aumento de la pobreza. Aspectos estos demandan la recuperación del debate teórico y la praxis económica y requerirán de la voluntad por promover una economía capaz de incorporar nuevos contenidos de cooperación y solidaridad. No se trata de negar al propio capitalismo, pero sí de señalar el hecho de que hay que refundarlo sobre las bases de la ética, la solidaridad, del esfuerzo y del trabajo

En síntesis, la valoración de la crisis, el tratamiento de la misma y el desenlace a partir del primer año de tratamiento, demuestra que las recurrentes crisis de la economía global requieren superar el sesgo monetarista y aceptar que sus causas y contenidos son de la economía, y no sólo del mercado financiero. Para la época es evidente que en su avance el mercado global y competitivo trae consigo una nueva crisis: la crisis de confianza, que se debe solucionar teniendo en cuenta “al factor humano, el ético y los valores sobre los cuales se deberá edificar la arquitectura financiera y refundar el orden económico internacional. La primera gran crisis económica del siglo XXI exhibe un profundo contenido ético que de no resolverse llevará a que muy seguramente las medidas tomadas permitan calmar la turbulencia de las economías y contrarrestar algunos de sus efectos, pero no demorará mucho su retorno,

y seguramente con mayor fuerza. Al menos así lo evidencia el comportamiento de la economía mundial de los últimos sesenta años.

Conclusiones

La actual crisis económica además de global es duradera y deberá ser entendida como la manifestación de las fallas internas de una economía de mercado, mayormente alterada por la falta de ética y el abandono de los objetivos de bienestar social, a los que se les han interpuesto el interés individual y el afán de ciertas elites de aprovechar los resquicios que deja un sistema capitalista en permanente expansión y con serias debilidades de regulación. Esta consideración, por cierto la menos difundida, permitiría ser más eficaz en las medidas que pretenden contrarrestarla, al tiempo que hacen viable su ubicación en el marco de un sistema multilateral fuerte y capaz de incorporar la dinámica y necesidades de las economías más pobres.

Al respecto valga señalar que no es humano ni responsable plantear este fenómeno en un contexto eminentemente financiero ni construir un Arca de Noé que salve solamente al sistema económico. Dejando a las personas a lo largo y ancho del planeta a su propia suerte, padeciendo las consecuencias de una inventiva de organización de mercados nucleando entorno a las dinámicas de los capitales y los objetivos de posicionamiento del sistema bancario. Enfoque predominante desde que hicieran asomo las primeras manifestaciones de crisis.

La problemática de la crisis se ubica en el plano del modelo económico (Ferrari, 2008, p. 66), el cual requiere una reorientación; y si bien es claro que no se trata de pensar en su abandono, su futuro deberá ser más incluyente, democrático y solidario. Las relaciones entre las economías

de mercado requieren de una mayor dosis de solidaridad. De lo contrario los afanes de poder y concentración de riqueza a nivel de gobiernos y empresarios seguirán marcados por la falta de ética y la extensión de una práctica de corrupción e ilegalidad.

Es urgente una verdadera política mundial cuyo propósito sea gestionar la economía mundial, revivir las economías afectadas por la crisis, evitar cualquier deterioro de la presente crisis y los mayores desequilibrios que podrían resultar. No puede subestimarse la pérdida de empleos, los avances en materia de flexibilización de las políticas laborales y la reducción del salario real, la elevación del número de trabajadores pobres, la mayor vulnerabilidad en la salud y protección social, así como el retroceso que experimentará el mundo en materia de combate a la pobreza. Situación registrada por la misma Naciones Unidas (2009), a pesar de la parquedad que revisten la mayoría de sus pronunciamientos.

Más allá de las tradicionales políticas orientadas a contrarrestar la crisis, los esfuerzos deberán tener en cuenta el valor ético de las decisiones que se tomen en los ámbitos internacional y local. El mantener una política basada en la premisa de economías autónomas, carentes de una moralidad, es evidente que ha llevado a los hombres de poder y a las naciones fuertes a abusar de los instrumentos económicos, incluso de manera dañina, como se infiere de muchas de las consecuencias de la crisis actual.

Finalmente, el paso a seguir es la definición de una forma de relacionamiento entre naciones e individuos en el cual se incorporen los principios tradicionales de la ética social, esto es: la transparencia, la honestidad, la responsabilidad y la solidaridad. Desde la perspectiva cristiana, la crisis económica nos obliga a retomar el llamado

de Juan Pablo II, de re proyectar nuestro camino, a darnos nuevas reglas, a centrarnos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas, como bien nos lo recuerda su Santidad Benedicto XVI, en la Encíclica “La Caridad en la Verdad”; una bella exposición de la doctrina social de la Iglesia, en donde el llamado es a encontrar soluciones a la crisis económica global y a mitigar su impacto entre los más pobres.

Referencias

- Benedicto XVI. (2009). *Encíclica Caritas in Veritate*. Roma: Ciudad del Vaticano.
- Bid. (Banco Interamericano de Desarrollo) (2008). *All that glitters may not be gold: Assessing Latin America's recent macroeconomic performance*. Washington: Departamento de Investigaciones.
- Ferrari, C. (2008). Tiempos de Incertidumbre. Causas y Consecuencias de la Crisis Mundial. *Revista de Economía Institucional* 10 (19), pp. 55-78.
- Friedman, M. (1966). *Essays in Positive Economics*. Chicago: University of Chicago. Press.
- Jara, A. & Tovar, C. E. (2008). Monetary and financial stability implications of capital flows in Latin America and the Caribbean. *BIS Papers* (43).
- Max N. M. et, al. (1986). Desarrollo y Necesidades. Segunda parte. En *Desarrollo a escala humana*. Development Dialogue. Suecia: Fundación Dag Hammarskjöld.
- Naciones Unidas. (2009). *World Economic Situation and Prospects*. New York.
- Ocampo, J. A. (2009). Crisis mundial y su impacto sobre América Latina. En: *Estado, democracia y mercado: Informe regional sobre la democracia en América Latina*. PNUD.